

—¿Entonces su hijo heredará la pairía de Clancharlie?

—No la heredará.

—¿Por qué?

—Porque ya la heredó. Es un hecho.

—¿Es un hecho ya?

—Volved la cabeza, milord Eure, y divisaréis al hijo de dicho lord sentado detrás de vos, en el banco de los Barones.

Lord Eure volvió la cabeza, pero no pudo distinguir la fisonomía de Gwynplaine, que tapaba la espesa mata de su cabello.

—¡Calla!—exclamó el viejo par;—ya adoptó la moda: no usa peluca.

Lord Grantham abordó á Colepepper.

—Este acontecimiento hace caer á alguien en la trampa.

—¿A quién?

—A David Dirry-Moir.

—¿Por qué?

—Porque deja de ser par.

—¿Cómo es eso?

El Conde de Grantham contó á John, Barón Colepepper, la anécdota completa de la calabaza que llegó al Almirantazgo, del pergamino de los compranños, del *Jessu regis*, con la contrafirma *Jeffreys*; de la confrontación en el subterráneo penal de Southwark, de la aceptación de todos esos sucesos por el lord-canciller y por la Reina, de la toma de juramento en el punto-redondo acristalado, y, finalmente, de la admisión de lord Fernando Clancharlie antes de comenzar la sesión. Los dos pares indicados se esforzaban por ver, entre lord Fitz Walter y lord Arundel, el semblante del nuevo lord, del que todos se ocupaban, pero sin poderlo lograr.

—¿Dónde está? ¿dónde está el heredero de Clancharlie?

Esta era la pregunta que todos los lores hacían al penetrar en la Cámara, y nadie conseguía verle bien; los que le habían visto en la Green-Box eran los más curiosos.

Circulaban de mano en mano copias de una carta de dos líneas, que, según se aseguraba, había dirigido la Duquesa Josiana á su hermana la Reina, contestando á la proposición de su majestad de casarla con el nuevo par, que era el heredero legítimo de Clancharlie, esto es,

con lord Fernando. La carta estaba concebida en estos términos:

«Señora: tanto me da una cosa como otra; de este modo podrá ser mi amante lord David,

»JOSIANA.»

Esta carta obtuvo verdadero éxito entre los pares.

Un joven lord, Carlos de Okchampton, Barón Mohun, que era de los que no llevaban peluca, la leía y la releía entusiasmado. Lewis de Duras, Conde de Ferersham, que era un inglés dotado del *sprit* francés, miraba á Mohun y se sonreía.

—¡He aquí una mujer con la que yo me casaría!—dijo lord Mohun.

Los que estaban próximos á los dos lores susodichos oyeron este diálogo entre Duras y Mohun:

—¡Os casaríais con la Duquesa Josiana, lord Mohun!...

—¿Y por qué no?

—Estáis endiablado.

—Sería muy feliz.

—Y lo serían muchos.

—¿Que siempre no hay muchos hombres felices?

—Tenéis razón, lord Mohun. En materia de mujeres obtenemos los desperdicios unos de otros. ¿Quién puede vanagloriarse de haber obtenido la primacía?

—Adán, quizás.

—Ni siquiera Adán.

—Satanás, entonces.

—Mi querido lord, Adán únicamente fué el editor responsable; fué engañado y endosó el engaño al género humano. El hombre fué entregado á la mujer por el diablo.

Hugo Cholmley, Conde de su apellido y gran legista, fué preguntado desde el banco de los obispos por Nathanael Crew, que era par dos veces; par temporal, por ser Barón Crew, y par espiritual, por ser obispo de Durham.

—¿Es posible eso?—decía Crew.

—¿Eso es regular?—exclamaba Cholmley.

—Fuera de la Cámara se verificó la investidura del nuevo par—repetía el obispo

—pero se asegura que sobre esto hay aventura movían inmenso murmullo en la Cámara.

—Sí, así se admitió á lord Beauchamp en tiempo de Ricardo II y á lord Chenay en el de Elisabet.

—Y á lord Broghill en el de Cromwell.

—El de Cromwell no debe contarse.

—¿Qué opináis de todo esto?

—Muchas cosas.

—Milord Cholmley, ¿qué rango le corresponderá en la Cámara al joven Fernando Clancharlie?

—Milord obispo, la interrupción republicana reformó los rangos antiguos, y Clancharlie tiene hoy la pairía entre Barnard y Somers, por lo que, si se estableciese el turno de manifestar las opiniones, lord Fernando Clancharlie hablaría el octavo.

—Curioso sería ver usar de la palabra á un volatinero callejero.

—Este incidente no me asombra, milord obispo, porque suceden otros más sorprendentes aún. La guerra de las dos Rosas se anunció secándose de improviso el río Ohuse, en Bedford, el 1.º de enero de 1399. Pues si un río puede secarse, un señor puede caer en una condición servil. Ulises, Rey de Itaca, se dedicó á toda clase de oficios, y Fernando Clancharlie ha permanecido siendo lord bajo su envoltura de histrión. La ruindad del traje no perjudica á la nobleza de la sangre. Pero la toma del juramento y la investidura fuera de la sesión, aunque en rigor sea legal, puede motivar objeciones.

—De todos modos, no se ha conocido otra aventura como ésta desde los tiempos remotos del Conde Gesbodus — insistió el lord obispo.

La conversación general de todos los bancos de la Alta Cámara abarcaba los extremos siguientes: Gwynplaine, *El hombre que ríe*, la posada Tadcaster, la Green-Box, *El caos vencido*, la Suiza, Chillon, los compranños, el destierro, la mutilación, la República, Jeffreys, Jacobo II, la *Jessu regis*, la calabaza abierta en el Almirantazgo, el padre lord Lincus, el hijo legítimo lord Fernando, el hijo bastardo lord David, los conflictos probables que acontecerían, la Duquesa Josiana, el lord-canciller y la Reina; todos estos detalles de la extraordinaria

Gwynplaine, en el estado de abstracción en que se hallaba, oía vagamente este zumbido, pero sin saber que él lo producía; estaba, no obstante, muy atento á las profundidades de los sucesos, pero no á la superficie, y el exceso de atención nos aísla.

El rumor de la Cámara no impedía que la sesión estuviese verificándose, de igual modo que la nube de polvo que se levanta no impide la marcha de un ejército. Los jueces, que únicamente son simples asistentes en la Alta Cámara, y que no pueden hablar si no se les pregunta, se habían sentado en el segundo saco de lana, y los tres secretarios de Estado en el tercero. Afluían á sus asientos los herederos de la pairía, que estaban situados, como dijimos, detrás del trono, y que estaban al mismo tiempo dentro y fuera de la Cámara.

En 1705 los pares menores de edad nunca eran menos de doce.

En el interior del recinto, y en las tres filas de bancos, cada lord había ocupado su asiento. Estaban casi todos los obispos. Los Duques eran numerosos y comenzaban por Carlos Seymour, Duque de Somerset, y terminaban por Jorge Augustus, Príncipe electoral de Hannover, Duque de Cambridge, el último nombrado, y por lo tanto el último en el rango.

VI

LA ALTA Y LA BAJA

De improviso se llenó la Cámara de viva claridad. Cuatro door-keepers entraron y pusieron á ambos lados del trono cuatro altos y complicados candelabros cargados de bujías encendidas; el trono coloreóse de una especie de púrpura luminosa y estaba augusto, aunque vacío.

El ujier de la vara negra entró con la varilla en alto, anunciando:

—Sus señorías los comisionados de su majestad.

Entonces todos los rumores cesaron.

Un abogado, con peluca y traje talar, apareció en la puerta sosteniendo un al-

mohadón flordelisado, sobre el que había varios pergaminos; estos pergaminos eran bills; de cada uno de ellos colgaba de una trenza de seda la bolilla de marfil ó la bula de oro, de la que las leyes toman el nombre de *bills* en Inglaterra y de *bulas* en Roma. Detrás de dicho personaje penetraron tres hombres vestidos de par, cubiertos con el sombrero de plumas. Estos individuos eran los comisarios reales: el primero el lord-tesorero mayor de Inglaterra, Godolphin; el segundo el lord-presidente del Consejo, Pembroke, y el tercero el lord del sello privado, Newcastle.

Iban uno detrás de otro, según la preferencia, no del título, sino del cargo; Godolphin marchaba delante y Newcastle detrás, aunque era Duque.

Llegaron al banco colocado delante del trono, haciendo saludo reverente á la silla real; se quitaron los sombreros y se sentaron en dicho banco.

El lord-canciller, dirigiéndose al ujier de la vara negra, le dijo:

—Que vengan á la barra los comunes.

El ujier de la vara negra salió.

El abogado, que lo era de la Cámara de los Lores, colocó en la mesa situada en el cuadrado, donde estaban los sacos de lana, el almohadón que contenía los bills.

Dos door-keepers pusieron delante de la barra un escabel de tres escalones, forrado de terciopelo encarnado, en el que los clavos dorados dibujaban flores de lis.

La gran puerta que habían cerrado, volvió á abrirse, y una voz anunció:

—Los fieles comunes de Inglaterra.

Era el ujier de la vara negra, que anunciaba la otra mitad del Parlamento.

Los miembros de los comunes penetraron, precedidos por el speaker (1), con la cabeza descubierta, y se detuvieron ante la barra. Vestían el traje de la ciudad, casi todos negro, pero ceñían espada.

El speaker, que era el honorable John Smyth, escudero, miembro de la Cámara de los Comunes por la aldea de Andover, subió sobre el escabel que estaba situado en el medio de la barra. El orador de los Comunes llevaba largo traje

(1) Orador.

talar, de satín negro, de anchas mangas, con tiras galoneadas de oro, y usaba peluca más pequeña que el lord-canciller.

El orador y la comisión de los miembros de los Comunes se detuvieron de pie y descubiertos, ante los pares sentados y cubiertos.

En cuanto cesó el murmullo que ocasionó la entrada de los recién venidos, el pregonero de la vara negra, á la puerta, gritó: —¡Oíd!

El abogado de la Corona púsose en pie. Tomó, desplegó y leyó el primero de los pergaminos que estaban sobre el almohadón. Era un mensaje de la Reina en el que nombraba, para que le representasen en el Parlamento, con poderes para aprobar los bills, tres comisarios, á saber... Al llegar á este punto de la lectura el abogado, elevando el tono de voz, dijo:

—«Sydney, Conde de Godolphin.»

Y saludó al individuo aludido; éste se descubrió.

—«Thomas Herbert, Conde de Pembroke y de Montgomery.»

El abogado saludó también á Pembroke; éste se descubrió.

—«John Hollis, Duque de Newcastle.»

Y se efectuó la misma ceremonia que con los dos comisarios anteriores.

El abogado de la Corona se volvió á sentar y el del Parlamento se puso en pie; el sub-abogado, que estaba prosteronado, se levantó detrás de él: los dos estaban frente al trono y de espaldas á los comunes.

Quedaban sobre el almohadón cinco bills, que, votados ya por los comunes y consentidos por los lores, esperaban únicamente la sanción real.

El abogado del Parlamento leyó el primer bill. Era un acta de los comunes, cargando al Estado las mejoras que la Reina había hecho en su residencia de Hampton-Court, que ascendía á un millón de libras esterlinas.

Después de leerlo, el abogado saludó profundamente al trono; el sub-abogado repitió el saludo con más reverencia todavía; después, volviendo la cabeza á los comunes, dijo:

—La Reina se complace aceptando vuestras benevolencias.

El abogado leyó el segundo bill. Era una

ley castigando con prisión y con multa á todo el que intentase rehuir el servicio de los *traimbands*.

Los *traimbands* eran una especie de milicia ciudadana que servía gratis y que en la época de Elisabet consiguió reunir ciento ochenta y cinco mil peones y cuarenta mil jinetes.

Los dos abogados hicieron á la silla real otra reverencia, después de la cual, el sub-abogado dijo á la Cámara de los Comunes:

—Así lo desea la Reina.

El tercer bill acrecentaba los diezmos y las prebendas del obispo de Lichfield y de Coventry, que era uno de los cargos eclesiásticos más ricos de Inglaterra. El cuarto bill añadía al presupuesto de nuevos impuestos: uno, sobre el papel que imita al mármol; otro, sobre los carruajes de alquiler, fijando el número de ochocientos en Londres, y disponiendo que cada uno pagase cincuenta y dos libras al año, y otros impuestos que, por no ser difusos, suprimimos. El quinto bill prohibía admitir en el hospital á algún enfermo, si no depositaba, al entrar, una libra esterlina para pagar su entierro en el caso de que falleciese. Los tres bills últimos, como los dos primeros, se aprobaron uno después de otro y se convirtieron en leyes por medio del saludo al trono y las palabras del sub-abogado «la Reina así lo desea,» pronunciadas de espaldas á los comunes.

Después el sub-abogado se puso de rodillas ante los cuatro sacos de lana, y el lord-canciller dijo:

—Cúmplase como se desea.

Así concluyó la sesión real.

El speaker, haciendo profunda reverencia ante el canciller, descendió de espaldas del escabel; la comisión de miembros de los comunes se inclinó hasta el suelo, y mientras la Cámara Alta reanudaba la orden del día interrumpida, sin prestar atención á dichos saludos, la Cámara Baja se marchó.

VII

LAS BORRASCAS DE LOS HOMBRES SON PEORES QUE LAS DEL OCÉANO

La gran puerta se cerró: el ujier de la vara negra entró, y los lores comisarios regios, abandonaron el banco del Estado,

sentáronse á la cabeza del banco de los Duques, en los sitios que correspondían á sus cargos. El lord-canciller tomó la palabra:

—Milores: habiendo deliberado la Cámara durante bastantes días sobre el bill que propone el aumento de cien mil libras esterlinas en la asignación anual de su alteza real el Príncipe, esposo de su majestad, y estando ya terminado y cerrado este debate, va á procederse á la votación. El voto se empezará á dar, según es costumbre, por el *puine* (1) del banco de los Barones. Cada lord, cuando se pronuncien su apellido y sus títulos, contestará *content* ó *non content*, y podrá exponer los motivos de su voto, si lo cree conveniente. Abogado, llamad á votar.

El abogado del Parlamento, de pie, abrió un gran infolio, sostenido por un pupitre dorado, que era el libro de la pairía.

El *puine* de la Cámara era á la sazón lord John Hervey, creado Barón y par en 1703.

El abogado dijo:

—Milord John, Barón Hervey.

Un viejo con peluca blanca se levantó.

—Content—contestó.

El sub-abogado registró el voto.

El abogado prosiguió nombrando, por su turno, á los pares.

—Milord Francisco Seymour, Barón Conway de Kiltul tagh.

—Content—respondió, semilevantándose, un joven con fisonomía de paje.

—Milord John Leveson, Barón Gower.

—Content—gritó el aludido.

Milord Heneage Finch, Barón Guernsey.

—Content—dijo el nombrado.

Mientras se sentaba después de contestar, el abogado llamaba al quinto Barón.

—Milord John, Barón Granville.

—Content—contestó éste.

—Milord Carlos Mountague, Barón Halifax.

—El Príncipe Jorge—dijo el Barón Halifax tomando la palabra—tiene su dotación como esposo de su majestad, otra dotación como Príncipe de Dinamarca, otra como Duque de Cumberland y otra como almirante supremo de Inglaterra y de Irlanda; pero no tiene dotación alguna co-

(1) El último nombrado.

mo generalísimo, y eso es una injusticia. Es necesario que cese este desorden por interés del pueblo inglés.

Además, lord Halifax hizo el elogio de la religión cristiana, vituperó el papismo y votó el subsidio. En cuanto dicho Barón se sentó, el abogado prosiguió llamando á votar á los pares.

—Milord Cristóbal, Barón Barnard.

Lord Barnard, del que debían nacer los Duques de Cleveland, se levantó al oír su título y dijo:

—Content.

Mientras lord Barnard se volvía á sentar, el abogado, que leía maquinalmente, vaciló. Se puso los anteojos, se inclinó sobre el registro, fijando mucho la atención en él, y luego, irguiendo la cabeza, dijo:

—Milord Fernando Clancharlie, Barón Clancharlie y Hunkerville.

Gwynplaine se levantó y respondió:

—Non content.

Todas las miradas de la Cámara se fijaron en el nuevo lord, que estaba de pie. La multitud de luces encendidas en los dos candelabros de los lados del trono, alumbraban claramente su fisonomía y la hacían resaltar de relieve en la extensa sala oscura.

Gwynplaine estaba esforzándose por borrar la risa de su semblante, resultado que ya dijimos podía lograr con grandísimo trabajo, por medio de una concentración de voluntad semejante á la que se necesita para domar un tigre: conseguía por un momento hacer serio su rostro, pero sólo dejaba de reír un instante; su esfuerzo no podía durar mucho tiempo, porque siempre son breves las desobediencias á nuestra ley ó á nuestra fatalidad: algunas veces el agua del mar resiste á la gravitación, se hincha en una tromba y forma una montaña, pero con la condición ineludible de volver á caer. Lucha semejante sostenía Gwynplaine. Para un momento solemne, y por la prodigiosa intensidad de la voluntad, pero solamente por el tiempo que dura un relámpago, aparecía en su semblante el velo sombrío de su alma y conseguía suspender su incurable sonrisa, retirando la alegría de la faz que le esculpieron; pero entonces estaba más espantoso.

Estremecimiento indescriptible se apo-

deró de todos los lores. Fué sorprendente el efecto que produjeron en ellos el bosque de cabellos, los hundimientos negros debajo de las cejas, la mirada intensa de los ojos, apenas visibles, y el aspecto feroz de aquella cabeza que se movía horriblemente entre la sombra y la voz. Mucho se había hablado de la deformidad de Gwynplaine, pero, contemplándole, la realidad sobrepujaba á cuanto la fantasía podía haber imaginado. Encima de la montaña reservada para los dioses y durante la fiesta que en una noche serena celebran los todopoderosos reunidos, imaginaos que aparece de improviso en el horizonte, como una luna sangrienta, la faz de Prometeo, destrozada por las picaduras del buitre, y que el Olimpo distingue el Cáucaso. Una visión semejante se apareció á los todopoderosos de Inglaterra. Viejos y jóvenes miraban extáticos y con la boca abierta á Gwynplaine.

El anciano Duque Thomas de Warton, á quien veneraba toda la Cámara, se levantó sobresaltado, exclamando:

—¿Qué significa esto? ¿Quién introdujo á ese hombre en la Cámara? ¿Que le arrojen de aquí!

Después apostrofó altivamente de este modo al nuevo lord:

—¿Quién sois? ¿de dónde salís?

—Del abismo — contestó Gwynplaine, y cruzándose de brazos, miró fijamente á los pares.

—¿Quién soy? Soy la miseria. Milores, tengo que hablaros.

Todos se estremecieron, pero callaron; Gwynplaine prosiguió:

—Milores, ocupáis las alturas del mundo y debemos creer que Dios tiene sus razones para otorgaros ese privilegio. Disfrutáis del poder, de la opulencia, de la alegría; el sol está inmóvil en vuestro cenit; vuestra autoridad desconoce límites; gozáis de los placeres sin compartirlos con nadie, teniendo á los demás en completo olvido. Pero debo advertiros que hay algo debajo de vosotros, tal vez encima, y os participo una nueva: el género humano existe.

Las asambleas son como los niños; los incidentes son su caja de sorpresas, que les causa miedo y curiosidad al mismo tiempo; parece algunas veces que al to-

car un resorte se vea salir al diablo del agujero. Esto aconteció en Francia al aparecer Mirabeau, que también era deforme.

Gwynplaine se creía en aquel instante dotado de cierta grandeza. El grupo de hombres á quien dirigimos la palabra es un pedestal; estamos, por decirlo así, sobre una cima de almas, y en los talones se siente estremecimiento de entrañas humanas. Gwynplaine no era ya ahora el hombre de la noche anterior, que fué durante un momento un ser vulgar; las humaredas que le marearon durante su súbita elevación se habían disipado, dejándole ver la transparencia de ésta, y lo que ayer fué vanidad, ahora veía que era una función; lo que ayer le empujaba, ahora le realizaba, viéndose iluminado por uno de esos grandes relámpagos que el deber enciende.

De todos los lados de la Cámara oíanse estos gritos:

—¡Silencio! ¡Oíd, oíd! ¡Silencio!

—Vengo de las profundidades. Milores, sois los poderosos y los ricos, y esto es peligroso para vosotros, porque os aprovecháis de los beneficios de la noche. Pero guardaos del gran poder de la aurora. El alba no puede ser vencida; llegará, ya llega, y trae consigo la luz de un día invencible, porque el sol resplandecerá en el cielo. El sol es el derecho y vosotros sois el privilegio. Debéis tener miedo, porque el amo verdadero de la casa va á llamar á la puerta. ¿Quién es el padre del privilegio? La casualidad. ¿Quién es su hijo? El abuso; pero ni el abuso ni la casualidad son sólidos; los dos tienen un mañana funesto. Vengo á advertiroslo y á denunciar vuestra dicha, que se compone de las desgracias de los demás. Os apoderáis de todo, y vuestro todo está compuesto de la nada de los otros. Milores, soy abogado desilusionado y sé que pleiteo por una causa perdida, pero esta causa la ganará Dios. Nada signífico, únicamente soy una voz; el género humano es una boca y yo soy su grito; pero lo oiréis. Voy á abrir á vuestra presencia, pares de Inglaterra, los grandes tribunales del pueblo, de ese soberano que hoy es el que padece, de ese condenado que ha de ser

juéz. Me oprime el peso de lo que quiero decir, y no sé por dónde comenzar. He reunido en la vasta difusión de los sufrimientos la enorme y esparcida queja. Es superior á mis fuerzas y saldrá de mis labios confusamente, que yo no había previsto este acontecimiento, y estoy tan estupefacto como vosotros. Ayer era un saltimbanqui, hoy soy un lord. Misterios profundos de lo desconocido, ante quien debemos inclinarnos todos y temblar. Milores, todo el cielo está á nuestra parte; del inmenso Universo sólo veis la parte de fiesta, y es preciso que conozcáis su parte de sombra. Entre vosotros me llamo lord Fernando Clancharlie, pero mi nombre verdadero es un nombre de pobre, me llamo Gwynplaine. Soy un miserable cortado de la tela de los grandes por un Rey que así le plugo. He aquí mi historia. Muchos de vosotros conocisteis á mi padre, yo no le conocí; era de los vuestros por su parte feudal, y yo me alié á él por su parte de proscrito. Lo que Dios hace, bien hecho está. Me arrojaron al mar. ¿Con qué objeto? Para que conociese su fondo; soy buzo y traigo á la superficie la perla de la verdad. Escuchadme, milores; he visto y he experimentado la pobreza, porque en su seno he crecido, y padecí frío, hambre, peste, desprecio y vergüenza. Vomitaré la pobreza ante vosotros, y con los vómitos de todas sus miserias salpicaré vuestros pies y resplandecerá. Antes de dejarme traer á este sitio titubeé, porque tengo deberes que cumplir en otra parte y aquí no está mi corazón. Lo que me ha hecho pensar este suceso no os importa: cuando el ujier de la vara negra vino á buscarme de parte de la Reina, mi primer impulso fué renunciar á tanto honor, pero me pareció que la mano de Dios me conducía aquí y vine. Creí necesario sentarme entre vosotros. ¿Por qué? Porque ayer arrastraba harapos. Porque sin duda, para tomar la palabra ante los que están hartos, Dios me hizo formar parte de los que están hambrientos. El mundo fatal, que creéis habitar, ni aun le conocéis; estáis tan altos que os colocáis fuera de él. Como vengo de ese mundo, he adquirido experiencia y puedo decirlos lo que pensáis, lo que sois y lo que

hacéis, porque lo desconocéis. Una noche, una noche de tempestad, siendo yo muy niño, huérfano y abandonado, solo en la inmensidad de la creación, penetré en esa sombra que llamáis la sociedad. Lo primero que divisé fué la ley, bajo la forma de una horea; lo segundo, la riqueza, esto es, vuestra riqueza, bajo la forma de una mujer muerta de frío y de hambre; lo tercero el porvenir, bajo la forma de una niña agonizante; lo cuarto, lo bueno, lo verdadero y lo justo, bajo la forma de un vagabundo, que únicamente tenía un lobo por compañero y por amigo.

En este instante, Gwynplaine, víctima de dolorosa emoción, sintió que los sollozos le subían á la garganta, y, siniestro y extraño presagio para él, estalló la risa en su semblante.

El contagio fué inmediato. Cerníase una nube sobre la Asamblea; podía reventar en espanto y reventó en risa. La risa, esa demencia que desarruga todas las frentes, se apoderó de todos los lores. Los cenáculos de hombres soberanos se hallan en su elemento cuando pueden burlarse, vengándose así de su habitual seriedad. La risa de los reyes se parece á la de los dioses, tiene un fondo de crueldad. Los lores consideraron aquello como un juego; la burla afiló las risas. Aplaudieron al que hablaba, ultrajándole de ese modo. Dirigiéronle un montón de interjecciones burlonas.

— ¡Bravo, Gwynplaine! — ¡Bien por *El hombre que ríe!* — ¡Ese es el hocico de la Green-Box! — ¡Vienes á divertirnos con una de tus representaciones! — ¡Eres muy elocuente! — ¡Me distraes mucho! — ¡Qué bien te ríes! — ¡Buenos días, muñeco de cartón! — ¡Salud á lord clown! — ¡Venga otro discurso! — ¡Eso es un par de Inglaterra! — ¡Continúa! — ¡No, no! — ¡Sí, sí!

Un par sordo, James Butler, Duque de Ormond, formando con la mano una trompetilla acústica para el oído, interrogó al Duque de Saint-Albans:

— ¿Qué es lo que ha votado?

— Non content — le contestó el Duque.

— ¡Pardiez, ya lo creo! ¡Cómo ha de estar contento con esa cara! — exclamó el Duque de Ormond.

Cuando una muchedumbre se escapa

y las Asambleas son multitudes, ya no se la puede detener. El auditorio odia al orador, y esto no se quiere creer. Volver á sujetar la brida parece que sea un buen recurso y no lo es, pero todo orador lo prueba por instinto. Gwynplaine lo probó.

Contempló un momento á los lores riendo, y exclamó:

— ¡Insultáis á la miseria! ¡Pares de Inglaterra, silencio! Oíd mi querella, jueces. Os conjuro á que tengáis compasión, pero á vosotros mismos, que sois los que afrontáis el peligro. Desconocéis, acaso, que estáis en una balanza, en uno de cuyos platos está colocado el poder y en el otro la responsabilidad. Dios os pesa. No os riáis y meditad. La oscilación de la balanza de Dios la ocasiona el temblor de la conciencia. No sois malvados; sois como los demás hombres: ni mejores ni peores que ellos. Os creéis dioses, pero mañana os hallaréis enfermos, y la fiebre estremecerá vuestra divinidad. Todos somos iguales. Me dirijo á los hombres honrados, y aquí los hay; me dirijo á las inteligencias elevadas, y aquí las hay; me dirijo á las almas generosas, y también las hay aquí. Sois padres, hijos y hermanos; por consiguiente, os enterneceréis con frecuencia. El que ha besado esta mañana á su hijo al despertarse, es bueno; el corazón es igual en todos los hombres. Entre los que oprimen y los que son oprimidos, únicamente hay la diferencia del sitio en que están colocados. Si vuestros pies andan sobre cabezas, no es culpa vuestra, es culpa de la Babel social. Construcción imperfecta, porque no está á plomo; un piso está cargado sobre el otro. Ya que poseéis el poder, tened fraternidad; ya que sois grandes, sed tiernos... ¡Si supiérais lo que he visto allá abajo, en las profundidades!... El género humano está en el calabozo, y hay multitud de sentenciados que son inocentes. Carecen de luz, de aire, de virtud, y, lo que es más temible, esperan tener todo eso. Considerad esas desdichas y qué hay seres que viven muriendo, que hay jóvenes que empiezan á prostituirse á los ocho años y que llegan á la vejez á los veinte. Las severidades penales son espantosas. Ayer vi un hombre encadenado y desnudo, con piedras sobre el vientre, que expiró en

la tortura. Esto seguramente no lo sabéis; si lo supierais, ninguno de vosotros se atrevería á ser dichoso. En las minas hay hombres que comen carbón, para engañar al hambre y llenar el estómago. En el Condado de Lancastre, Ribbleschester, por su gran penuria, de ciudad se ha trocado en aldea. El Príncipe Jorge de Dinamarca no necesita las cien mil guineas con que se trata de aumentar su dotación; yo preferiría, en cambio, que al admitir en el hospital al enfermo indigente no se le hiciese pagar su entierro de antemano. En Caernarvon, en Traithmaur y en Traith-bichan es espantoso el hambre que sufren los pobres. En Strafford no se puede desecar el pantano, porque no poseen dinero para eso. Las fábricas de paños están cerradas en todo el Lancashire. Los pescadores de arenques de Harlech comen hierba cuando les falla la pesquera. En Ailesbury la indigencia es permanente. En Penckridge, en Coventry, cuya catedral acabáis de dotar, cuyo obispo acabáis de enriquecer, no tienen camas en las chozas, y cavan zanjas para que en ellas se acuesten los niños que en vez de empezar la vida en la cuna, la comienzan en la tumba. He visto todo lo que refiero. ¿Sabéis, milores, quién paga los impuestos que votáis? Los que mueren. Vivís engañados, equivocasteis el camino. Acrecentáis la pobreza del pobre para aumentar la riqueza del rico: obráis del modo contrario que deberíais obrar. ¡Lo que quitáis al trabajador se lo dais al ocioso: lo que tomáis al desahogado, se lo entregáis al que va bien vestido; lo que arrebatáis al indigente, lo destináis para el Príncipe! Como corre antigua sangre republicana por mis venas, vuestro proceder me causa horror. Aborrezco á los Reyes. Las mujeres nobles son descaradas. Me han contado una triste historia. Odio á Carlos II. Una mujer que amó mi padre, mientras él espiraba en el destierro, se entregó á ese Rey como una prostituta. Después de Carlos II vino Jacobo II; detrás de un tuno vino un malvado. ¿Qué es el Rey? Un hombre que es causa débil y miserable de necesidades y de flaquezas. ¿Para qué sirve el Rey? Para que miméis á la monarquía parásita. Es un gusano que transformáis en boa; es una tenia que convertís en dragón. ¡Tened compasión de los pobres! Estáis gravando el im-

puesto en beneficio del trono! ¡Temed á las leyes que promulgáis! ¡Temed al horriblo que estáis aplastando! Bajad la vista y mirad á vuestros pies. Existen miserables: ¡tened piedad de ellos y de vosotros mismos! Las multitudes agonizan, y muriendo lo de abajo hace morir á lo de arriba. La muerte es una cesación que no exceptúa á miembro alguno; cuando llega la noche, nadie puede conservar un pedazo de día. La perdición del navío no es indiferente á ningún pasajero: si éstos naufragan, las olas tragan á aquéllos. El abismo á nadie perdona.

En la Cámara iba en aumento la risa irresistible. Para alegrar á una Asamblea bastaba con la extravagancia de lo que el orador decía. Gwynplaine era cómico por el exterior y trágico en su interior, y no hay sufrimiento tan humillante como el suyo, ni que excite cólera tan profunda. Sus ideas agitábanse en un sentido y su fisonomía en otro; su situación era espantosa, su voz tuvo de súbito brillos estridentes.

— ¡Parece chanza que estos hombres se regocijen! ¡Esto es la ironía afrontando á la agonía, las carcajadas ultrajando al estertor! ¡Pobres! yo soy uno de los vuestros, porque un Rey me vendió y un pobre me recogió. Me mutiló un Príncipe y me curó y me alimentó un muerto de hambre. Soy lord Clancharlie, pero seguiré siendo Gwynplaine. Procedo de los grandes, pero perteneczo á los pequeños. Estoy entre los que gozan y soy de los que sufren. Esta sociedad es falsa, pero ya vendrá la verdadera, y entonces no habrá señores, únicamente habrá vivientes libres. No habrá dueños y habrá padres. En el porvenir nadie se prosternará, ni hará bajezas; no habrá ignorancia, ni hombres que sean bestias de carga, ni cortesanos, ni lacayos, ni Reyes. Aquí estoy entretanto que alborea ese porvenir. Tengo derecho á estar y uso de ese derecho. Yo referiré desde aquí ¡oh pobres! vuestros sacrificios. Me eruiré con un puñado de andrajos del pueblo en la mano y sacudiré sobre los señores la indigencia de los esclavos, y no podrán, los privilegiados y los arrogantes, ellos que son Príncipes librarse del escozor de los pobres, y estas sabbandijas caerán sobre los leones!...

Al llegar aquí, dirigió Gwynplaine la cabeza hacia los sub-abogados, que arrodia-

llados escribían sobre el cuesto saco de lana.

—¿Quiénes son esos individuos que están de rodillas? ¿Qué es lo que hacéis ahí? Levantaos.

El apóstrofe brusco dirigido á dos subalternos, que un lord ni siquiera debe fijarse en que estaban allí, puso el colmo al regocijo general. Gritaban desde todos los bancos: ¡Bravo!... ¡hurra! De los aplausos llegaron hasta los pateos. Parecía que los lores se hallaban en la Green-Box, sólo que en la Green-Box la risa halagaba á Gwynplaine y aquí le exterminaba. Matar es el gran esfuerzo del ridículo; la risa humana hace todo lo que puede ciertas veces por asesinar.

La risa general hacía llover apóstrofes satíricos y picantes. Es necedad en las Asambleas el creerse que poseen talento; su burla ingeniosa, pero idiota, desprecia los hechos en vez de estudiarlos, y condena las cuestiones en lugar de resolverlas. Un incidente es un punto interrogante. Reirse es reirse del enigma, y la esfinge está detrás, que no se ríe.

En la Cámara sonaban estos clamores contradictorios:

—¡Basta! ¡basta! ¡Más! ¡más todavía!

William Farmer, Barón Leimpster, lanzaba á Gwynplaine la afrenta de Ryc-Quincy á Shakespeare:

—¡Histrio! ¡mima!

Lord Vangham, hombre sentencioso, que se sentaba el vigésimo-noveno en el banco de los Barones, exclamaba:

—Hemos vuelto al tiempo en que peroraban los animales. Entre las bocas humanas la mandíbula bestial tiene la palabra.

—Escuchemos á la burra de Balaám—añadía lord Yarmouth.

—El rebelde Lineus fué castigado en su tumba; el hijo es el castigo del padre—decía John Hong, obispo de Lichfield y de Coventry, cuya prebenda desfloró Gwynplaine.

Thomas Wentworth, Barón Raby, apostrofaba así al canciller:

—Milord-canciller, levantad la sesión.

—¡No, no, no! ¡que prosiga!... ¡que nos divierte!...

Esto pedían los jóvenes lores, y su regocijo rayaba en furor; cuatro de ellos se hallaban en plena exasperación de hilaridad

y de odio; estos eran Laurencio Hyde, Conde de Rochester; Thomas Tufson, Conde de Manet; el Vizconde de Hatton y el Duque de Montang. El Vizconde Hatton sacó un penny del bolsillo y se lo echó á Gwynplaine. Esto provocó una tempestad de aplausos en la Cámara, reinando un tumulto de pandemonium que ahogaba las palabras que el orador pronunciaba.

Ralph, Duque de Montang, recientemente salido de la Universidad de Oxford, y á quien apenas apuntaba el bigote, bajó del banco de los Duques, en el que ocupaba el sitio diecinueve, y fué á colocarse cruzado de brazos enfrente de Gwynplaine; burlándose en sus narices, le interrogó:

—¿Qué es lo que dices?

—Profetizo—contestó el orador.

Estalló nueva explosión de risa, pero debajo de ella gruñía la cólera en baja continua.

Del caos de las risotadas escapábanse confusas las exclamaciones siguientes:— ¡Cara de Górgona! ¿Qué significa esta aventura?— ¡Insulta á la Cámara!— ¡Ese hombre es un fenómeno!— ¡Esto es una vergüenza!— ¡Qué escándalo!— Que se levante la sesión!— ¡No!— ¡Sí!— ¡Que acabe de hablar!...— ¡Habla, bufón!...

Lord Lewis de Duras exclamó:

—Propongo que se dé un voto de gracias, concebido en estos términos: La Cámara de los Lores agradecida, á la Green-Box.

Lord Scarsdale tradujo en una sola pregunta la impresión que Gwynplaine causó á la Asamblea:

—¿Qué viene á hacer aquí ese monstruo?

Siempre hay quien pronuncia la palabra que compendia todo lo que se dice sobre un objeto.

Gwynplaine dominado por convulsión suprema, se irguió espantado é indignado. Contempló á los lores y les dijo:

—¿Qué vengo á hacer aquí? Vengo á ser terrible. Decís que soy un monstruo; no; soy el pueblo. Me tomáis por excepción y soy todo el mundo; la excepción sois vosotros, porque representáis la quimera, y yo represento la verdad. Soy el Hombre. Soy el espantoso *Hombre que ríe*. ¿De qué? De vosotros, de mí, de todo. ¿Qué significa esta risa? Vuestro crimen y mi suplicio, crimen y suplicio que os escupo á la cara.

Calló y callaron los lores, aunque siguieron riendo, pero con risas apagadas. Parecióle á Gwynplaine que habría conseguido llamar la atención: cobrando bríos, prosiguió:

—La risa esculpida en mi rostro la esculpió un Rey, y esta risa expresa la desolación universal; esta risa significa aborrecimiento, silencio constreñido, rabia, desesperación; esta risa la produjeron las torturas, es la risa de un forzado. Si Satanás la tuviese, esta risa condenaría á Dios; pero lo eterno no se asemeja á lo perecedero; siendo absoluto es justo, y Dios aborrece lo que hacen los Reyes. Me creéis una excepción y soy un símbolo. Poderosos idiotas, abrid los ojos, que yo lo encarno; yo represento á la humanidad tal como es en manos de sus señores. El hombre está en ella mutilado, como lo estoy yo, como lo está el género humano; le han estropeado la forma al derecho, á la justicia, á la verdad, á la razón y á la inteligencia, como á mi los ojos, la nariz y las orejas; como á mí, le han introducido en el corazón una cloaca de cólera y de dolor, y han cubierto su rostro con una máscara de contento. En la obra de la mano de Dios se ha cebado la garra del Rey. Obispos, Pares y Principes, el pueblo sufre profundamente, pero ríe aparentemente; por eso os digo que el pueblo soy yo. Hoy le oprimís, hoy le salváis; pero el porvenir traerá el deshielo sombrío, y lo que era piedra se convertirá en agua. La apariencia sólida se trocará en submersión; dará un crujido y todo concluirá. Llegará la hora en que una convulsión romperá vuestra opresión y en que un rugido responda á vuestras silbas. Esta hora llegó y se llamó la República; la despidieron, pero ella volverá. Mientras vuelve, recordad que Cromwell, con su hacha en la mano, interrumpió la serie de Reyes que empuñaban espadas, y temblad. Se aproximan las incorruptibles soluciones; las lenguas arrancadas vuelan y se transforman en lenguas de fuego esparcidas por el viento de las tinieblas y aullan en lo infinito; los que tienen hambre muestran los dientes ociosos; los palacios edificadas sobre los infernos, se tambalean, la mayoría padece; lo que está arriba cuelga, y lo que está abajo se entreabre; la sombra desea trocarse en luz; es el pueblo que viene, es el hombre que sube, es el fin que co-

mienza, es la roja aurora de la catástrofe. He aquí lo que contiene la risa que excita vuestras burlas. Londres es una fiesta continua; Inglaterra es una aclamación desde un extremo á otro; pues bien, porque vivís en perpetua fiesta, yo río; porque tenéis alegrías públicas, yo río. Causan mi risa vuestros matrimonios, vuestras consagraciones y coronamientos y el nacimiento de vuestros Principes, y como el trueno va á estallar encima de vosotros y el rayo va á heriros, me río de vosotros.

Al oír esto, lanzó una carcajada toda la Cámara. De todas las lavas que lanza el cráter de la boca humana, la alegría es la más corrosiva: no hay muchedumbre que resista al contagio de hacer mal gozosamente. No todas las ejecuciones se efectúan en el patíbulo, y cuando los hombres se reúnen formando multitudes ó asambleas, siempre hallan entre ellos un verdugo preparado: este verdugo es el sarcasmo. No hay suplicio que se pueda comparar con el del desgraciado que provoca la risa; este era el suplicio que torturaba á Gwynplaine. Las burlas eran para él apedreo y metralla; era ya el juguete, el maniquí, la cabeza de turco. Los lores saltaban, pateaban; exclamaban: «Que se repita,» sin acordarse ya ni de la majestad del sitio, ni de la púrpura de los trajes, ni del pudor del armiño, ni del infolio de las pelucas. Lo mismo relan los lores, que los obispos y que los jueces. El lord-canciller bajaba la vista para que no se le viera reír.

Gwynplaine, lívido, cruzado de brazos y rodeado de tantos semblantes jóvenes y viejos, animados por aquel júbilo homérico, entre el torbellino de los aplausos, de los pateos y de los hurras, aplastado por aquel frenesí bufón, en medio de aquella alegría inmensa, parecía la estatua de un sepulcro. Comprendió que aquello ya no tenía remedio, y se vió en la imposibilidad de contraer su fisonomía y de adquirir la benevolencia de un auditorio que le insultaba. Nunca estalló con tanto horror la ley eterna y fatal de lo grotesco derribando á lo sublime, de la risa repercutiendo el rugido, de la parodia subiéndose en las ancas de la desesperación, del contrasentido entre lo que parece y lo que es.

Gwynplaine asistía al quebrantamiento definitivo de su destino, motivado por un

estallido de la risa, pero al quebrantamiento irremediable. El que cae se levanta, pero no se levanta el que cae convertido en polvo. Esto no es posible. Según el lugar en que suceden los acontecimientos, tienen su resultado; lo que conquistara un triunfo á Gwynplaine en la Green-Box, causaba su catástrofe y su caída en la Cámara de los Lores; los aplausos de allí, aquí eran imprecaciones. Gwynplaine se sentía como herido por el reverso de su máscara: por una parte de ella obtenía las simpatías del pueblo, que aceptaba al saltimbanqui, y por la otra, el aborrecimiento de los grandes, que rechazaban á lord Fernando Clancharlie; la atracción por una parte y la repulsión por otra, las dos le arrojaban hacia la obscuridad y se sentía herido por detrás. La suerte tiene sus traiciones.

Cuando la risa loca se apodera de una Asamblea, es ésta como un buque que ha perdido la brújula; ni sabía adónde navegaba ni lo que hacía. Fué necesario levantar la sesión.

El lord-canciller dijo en voz alta que, en vista del incidente acaecido, se continuaría votando al día siguiente. La Cámara se disolvió; los lores salieron de ella saludando reverentemente á la silla real. Se oía prolongarse y perderse las risas por los corredores. Las Asambleas, además de las puertas oficiales, tienen entre la tapicería y entre las molduras puertas secretas, por las que se vacían como un vaso por las hendiduras. En pocos minutos la sala estuvo desierta.

Ensimismarse pensando, nos aísla de tal suerte del mundo, que acabamos por creernos en otro planeta. Gwynplaine salió repentinamente de su ensimismamiento, como si despertase de un sueño. Estaba solo en la sala vacía, y ni siquiera supo que se había levantado la sesión; todos los lores habían desaparecido, hasta sus padrinos; únicamente quedaban algunos oficiales subalternos de la Cámara, aguardando para apagar las luces y cerrar las puertas que se marchase su señoría.

Gwynplaine se cubrió maquinalmente, salió del banco y se dirigió á la gran puerta que hacía comunicar la Cámara con la galería. Al franquear el semicírculo de la barra, un door-keeper le quitó la toga de par, de lo

que apenas se enteró. Un instante después, estaba en la galería.

Los oficiales de servicio que estaban todavía allí, notaron, con asombro, que lord Clancharlie salió sin saludar al trono.

VIII

SI NO FUERA BUEN HIJO, SERIA BUEN HERMANO

Gwynplaine no halló á nadie en la galería y atravesó el punto-redondo, en donde no estaban ya los sillones ni las mesas, y en el que ya no quedaban huellas de su investidura. Candelabros y arañas, de trecho en trecho, indicaban el itinerario de la salida. Merced á su cordón luminoso, pudo encontrar con facilidad, entre el encadenamiento de salones y de galerías, el camino que siguió al llegar con el rey de armas y con el ujier de la vara negra.

De improviso, en el silencio de las grandes salas desiertas, oyó voces y palabras claras que llegaban hasta él, produciendo un tumulto extraño en semejantes sitios y de noche. Se dirigió hacia donde sonaba el vocerío y se encontró de súbito en espacioso vestíbulo débilmente iluminado, que era una de las salidas de la Cámara. Vió ancha puerta acristalada y abierta; un graderío exterior; lacayos y hachas encendidas á la puerta de afuera; distinguió una plaza y algunas carrozas que aguardaban debajo de las gradas. De esa parte procedía el ruido que oyó.

A la parte interior de la puerta, bajo el reverbero del vestíbulo, estaba reunido un grupo tumultuoso que gesticulaba y hablaba, moviendo algarabía. Gwynplaine se acercó allí, situándose en sitio obscuro. A una parte había diez ó doce jóvenes lores, que querían salir, y á la parte contraria estaba un hombre, cubierto como ellos, erguido y con la frente alta, que les interceptaba el paso. Este hombre era Tom-Jim-Jack.

Tom-Jim-Jack llevaba sombrero con plumas, pero no blancas como las de los pares,

sino verdes y moteadas de color de naranja; estaba galoneado y bordado de pies á cabeza, y manejaba febrilmente con la mano derecha el puño de la espada que ceñía, en cuyo tahalí y vaina brillaban las áncoras de almirante. Este era el que hablaba, apostrofando á los jóvenes lores de la manera siguiente, que Gwynplaine oyó:

—Os digo que habéis sido unos cobardes; deseáis que retire esas palabras, pues las retiro. No sois cobardes, sois idiotas. Os lanzasteis todos contra uno; eso no es cobardía; ¡qué ha de ser!... Es inepticia. Os hablaron y no entendisteis lo que os decían, porque aquí los viejos son sordos de oídos y los jóvenes de inteligencia. Estoy bastante cerca de vosotros para poderos decir la verdad. El nuevo lord es extraño, ha dicho muchas simplezas, convengo en ello, pero os ha dicho muchas verdades. Las dijo de un modo indigesto, es verdad; se repitió muchas veces; pero un hombre que ayer era saltimbanqui en la feria, no tiene obligación de hablar como Aristóteles, ni como el doctor Gilbert Burnet, obispo de Sarum. Las sabandijas, los leones, el apóstrofe al sub-abogado, fueron de pésimo gusto; ¿quién os dice lo contrario? Su discurso es insensato y desecioso y sin plan, pero hizo resaltar aquí y allá hechos reales. Demasiado hizo hablando como habló, no siendo ese su oficio; no hubierais hecho vosotros otro tanto puestos en su lugar; en fin, millores, me parece baja que se encarnicen muchos contra uno solo; ésta es mi manera de pensar, y pido á vuestras señorías permiso para creerme ofendido. Yo, que soy poco creyente, creo en Dios cuando practica buenas acciones, lo que no le acontece todos los días; por lo que me complace ver que ha sacado del fondo de una existencia baja ese par de Inglaterra y ha devuelto su herencia al heredero, y no me inquieta si esto perjudica á mis intereses, pareciéndome que es cosa hermosa ver de pronto la cucaracha transformada en águila y Gwynplaine en lord Clancharlie. Os prohibo, millores, tener otra opinión que la mía, y siento que no se halle aquí Lewys de Duras, porque le insultaría con placer verdadero. Millores, Fernando Clanchar-

lie ha sido el lord y vosotros habéis sido los saltimbanquis. De la risa de su rostro no tiene él la culpa, y habéis escarnecido su risa. Nadie debe burlarse de una desgracia; sois necios y necios crueles. Si creéis que no es posible el poder burlarse de vosotros, os engaáis, porque sois cobardes y no sabéis vestiros. Milord Haversham, conocí el otro día á tu querida, que es repugnante. Es Duquesa, pero mujer corrida. Señores burlescos, repito que desearía oíros decir en público cuatro palabras seguidas. Creéis saber algo por haber frecuentado la Universidad de Oxford ó de Cambridge, y porque antes de ser pares de Inglaterra fuisteis asnos en los bancos del colegio de Gonewille y de Cains; pues yo os digo cara á cara que vuestro comportamiento con el nuevo lord ha sido bajo. Es monstruo, convengo en ello, pero entregado á bestias; prefiriera yo ser él á ser vosotros. Asistí á la sesión en mi sitio, como heredero posible de la pairía, y oí completa la sesión; no tengo derecho á hablar, pero tengo derecho á ser gentil-hombre. Vuestras burlas me desagradaron y por eso vine á esperaros á la salida. Millores, tengo el irrevocable designio de matar á alguno de vosotros, y yo, David Dirry-Moir, uno de los soldados de la marina inglesa, os cito, os requiero y os emplazo para que nombréis padrinos y segundos, y os aguardo para batirme esta tarde, en seguida, mañana, de día, de noche, en pleno sol, con hachas encendidas, dónde, cuándo, y cómo os plazca, porque en cualquier parte hay suficiente sitio para cruzarse dos espadas; y haréis perfectamente en revisar las pistolas y el filo de los estoques, porque abrigo la intención de dejar vacantes vuestras pairías. Ogle Cavendish, toma tus precauciones y acuérdate de tu divisa: Cavendo tutus. Marma-duque Langdale, debes imitar á tu antepasado Gundold, haciendo que te siga un ataúd. Jorge Booth, Conde de Wariagton, no volverás á contemplar el condado palatino de Chester, ni tu laberinto, que imita el de Creta. Lord Vangham es muy joven para decir impertinencias y demasiado viejo para responder de ellas, y yo pediré satisfacción de sus palabras á su

sobrino Ricardo Vangham, miembro de los Comunes. A ti, John Campbell, Conde de Greenwich, te mataré como Achon mató á Matas, pero de una estocada leal, y no por detrás, porque tengo por costumbre presentar el corazón y no la espalda á la punta de la espada. Está convenido, milores: nos batiremos á pie ó á caballo. Deseo batirme con todos vosotros, ¿lo oís? con todos vosotros. Descansa, Conde de Caernarvon, que te haré tragar el acero hasta la empuñadura, y veremos luego, milord, si te ríes. Tú, Burlington, que tienes diez y siete años y pareces una doncella, puedes elegir entre el prado de tu palacio de Middlesex y tu hermoso jardín de Londesburg en Yorkshire, para que te entierren. Porque advierto á sus señorías que no consiento que nadie se insolente en mi presencia, y porque os insolentasteis os castigaré. Me pareció indecoroso que os burlaseis de lord Clancharlie, que vale más que vosotros; porque como Clancharlie, es tan noble, y como Gwynplaine, tiene más inteligencia. Hago mía su causa y mía la injuria, porque vuestras risotadas me encendieron en cólera. Veremos quién saldrá vivo de este combate, porque os provooco á todo trance, con toda clase de armas, de todos modos: elegid la muerte que os plazca, y ya que sois villanos á la par que gentileshombres, os desafío según vuestras cualidades, y os propongo cualquiera de los modos que tienen los hombres de matarse; desde la espada, como los Príncipes, hasta el boxe, como los galopines.

Al aluvión furioso de palabras de lord David, el grupo altivo de los jóvenes lores contestó sonriendo:

—Convenido.

—Yo elijo la pistola — exclamó Burlington.

—Yo — replicó Escrick, — el antiguo

combate en campo cerrado, con la maza de armas y con el puñal.

—Yo — dijo Holderness, — deseo batirme con dos cuchillos, uno largo y otro corto, con los torsos desnudos y cuerpo á cuerpo.

—Lord David — dijo el Conde de Thonet, — ya que eres escocés, escojo la *claymore* (1).

—Yo la espada—repuso Rockingham.

—Yo — dijo el Duque Ralph, — prefiero el boxe. Es lo más noble.

Gwynplaine salió de la obscuridad donde se hallaba oculto y se dirigió hacia el hombre que había llamado hasta entonces Tom-Jim-Jack y en el que ahora entreveía la nobleza.

—Os doy las gracias — le dijo,—pero este asunto me corresponde á mí.

Los jóvenes lores dirigieron sus miradas á Gwynplaine; éste avanzó. Se sentía impulsado hacia el hombre que oía llamar lord David y que era su defensor, acaso más aún. Lord David retrocedió.

—¡Calla! — exclamó lord David. — ¡Sois vos! Me alegro, porque también tenía que deciros algo. Hace poco acabáis de hablar de una mujer, que después de amar á lord Lineus Clancharlie amó al Rey Carlos II.

—Es verdad.

—Pues habéis insultado á mi madre.

—¡Vuestra madre! — gritó Gwynplaine. — En ese caso, ya comprendo... nosotros somos...

—Hermanos — dijo lord David, dando un bofetón á Gwynplaine. — Somos hermanos — repitió, — por lo que podemos batirnos, ya que únicamente nos batimos con nuestros iguales; ¿quién es más igual á nosotros que un hermano? Os enviaré mis padrinos. Mañana nos batiremos.

(1) Sable escocés.

LIBRO NOVENO

La caída.

I

Á TRAVÉS DEL EXCESO DE GRANDEZA SE LLEGA AL EXCESO DE LA MISERIA

Cuando sonaba la media noche en San Pablo, un individuo que acababa de atravesar el puente de Londres, se internaba por las callejuelas de Southwark. No había reverberos encendidos, porque entonces era costumbre, tanto en París como en Londres, apagar el alumbrado público á las once; esto es, suprimir las luces en el momento en que son más indispensables. Las calles estaban, pues, oscuras y desiertas. El hombre caminaba de prisa. Iba extrañamente vestido para ir por las calles á tales horas. Llevaba traje de seda bordado, espada al cinto y un sombrero con plumas blancas, pero iba sin capa. Los *watchment* (1) que le veían pasar, decían: —Será un señor que ha hecho una apuesta;—y se apartaban de él con el respeto debido á un lord y á una ganancia posible.

Ese hombre era Gwynplaine que huía. No sabía dónde se hallaba. El alma, ya lo hemos dicho, tiene sus ciclones, torbellinos espantosos, en los que se con-

funden el cielo, el mar, el día, la noche, la vida y la muerte en una especie de horror ininteligible. Lo real deja de ser respirable. La nada se trueca en huracán, el firmamento se descolora, el infinito se vacía. Nos encontramos con estas ausencias y nos sentimos morir. Deseamos ver un astro. ¿Qué era lo que sentía Gwynplaine? El deseo vehemente de volver á ver á Dea. No pensaba en otra cosa. Regresar á la Green-Box y la posada Tadcaster, sonora, luminosa, llena de la risa cordial del pueblo, hallar á Ursus y á Homo, volver á ver á Dea, volver á entrar en la vida.

Gwynplaine, apresurado, estaba ya próximo al Tarrinzean-field; más que andaba, corría. Sus miradas querían traspasar la obscuridad; éstas le precedían, buscando ávidamente un punto en el horizonte. ¡Qué ansiedad tenía por descubrir las iluminadas ventanas de la posada Tadcaster! Por fin llegó al *bowling-green* y se encontró frente a la posada, pero á alguna distancia; ya recordarán nuestros lectores que la posada era la única casa que había en el campo de la feria. Miró y no divisó ni una sola luz. Se estremeció. Después reflexionó que era muy tarde y que á semejantes horas debía estar ya cerrada la posada, que dormirían todos en ella y que era nece-

(1) Guardas.